

Pau Hernández

¡MÁS DIFÍCIL TODAVÍA!

UN NUEVO CASO DE
VICENTE FOLGADO

MOON
MAGAZINE

Estaba en mi despacho, haciendo solitarios con los pies sobre la mesa, cuando de repente la puerta se abrió y se coló Wanda Palatino, una tragasables del circo Sarrasini con la que, hace solo unos pocos años, intimé durante cuatro o cinco días o, mejor dicho, noches...

—Hola, Vicente —saludó seriamente—, siento mucho presentarme sin avisar, pero es urgente. ¿Podemos hablar un momento?

Me puse en pie, la tomé de la mano y le eché un vistazo completo. A pesar del tiempo transcurrido seguía gozando de un poderoso atractivo sexual: caderas de contornos perfectos, tetas sin competencia y una boca grande de labios carnosos.

—Claro que sí, nena. Por cierto, estás estupenda. ¿Qué te trae por mi despacho?

—Tengo una amiga que tiene un problema.

—¿Quién es ella?

—Se llama Sasha y también trabaja en el circo. Creo que te la presenté una tarde después de una actuación.

—Espera, ¿te refieres a Sasha, la lanzadora de cuchillos?

—Ella misma.

Fruncí el ceño.

—Es solo una niña.

—Ya no, cumplió veinte el mes pasado.

Instintivamente me puse en guardia, mirando en todas direcciones.

—¿Veinte? ¿Dónde está?

—Aquí mismo, en el pasillo. La voy a hacer pasar y ella te lo explicará todo. Mientras tanto creo que es mejor que baje a la calle. No sé si te acuerdas de Vasili, pero está en el coche esperando.

¿Cómo olvidarme de un tipo así? Vasili no solo era el marido ruso de Wanda, sino también un funambulista acrobático de primer orden. Yo le había visto muchas veces girando como una hélice sobre la cumbre de la lona, con sus musculosos brazos, los dedos huesudos aferrando la cuerda de cáñamo y los pies subiendo y bajando en el aire a golpe de tambor.

—Solo superficialmente —contesté agarrándola de la cintura y acompañándola a la puerta—. Por favor, Wanda, no hagamos esperar a tu amiga. Sé por experiencia que en mi profesión cada segundo cuenta.

Observé cómo Wanda abandonaba la habitación y luego percibí su voz en el pasillo. A continuación entró Sasha. Puede que hubiera cumplido los veinte, pero en su rostro se perfilaba toda la inocencia de una niña de doce. Le miré el escote un par de segundos, con sus dos tetitas ciñéndose contra el algodón de su camiseta rosa, y noté que se ruborizaba, aunque no sé si por pudor, o porque le hubiera gustado tenerlas más grandes.

—¿Es usted Vicente Folgado, el detective? —preguntó con timidez.

—Así es, pastelito. Quizá no se acuerde de mí, pero yo sí me acuerdo de usted. La conocí hace cinco años, solo era una niña, pero hay que reconocer que tenía buena puntería con los cuchillos.

—Wanda me ha dicho que podría ayudarme.

—Claro, siéntese. ¿Ha matado a alguien durante uno de sus espectáculos?

Tomó asiento muy despacio sobre la silla para clientes. Sus labios temblaban.

—No... —contestó nerviosamente—. Se trata de Djamal, mi novio...

Por poco se me detiene el corazón al escuchar ese nombre. Djamal era un faquir indio de fama mundial a causa de la invulnerabilidad de su cuerpo. Su especialidad era atravesarse el torso con floretes, aunque según contaba él mismo, era capaz de proezas más inimaginables todavía, como por ejemplo beber lava hirviendo o introducirse por el ano barras de acero al rojo vivo.

—Espera, nena, ¿ha matado a Djamal? Deberían darle un premio, ese tipo era inmortal.

—¡Yo no lo hice! —protestó histérica.

Abrí el cajón de mi mesa, saqué la botella de Doble V y llené dos vasos.

—Beba, niña. La ayudará a calmar los nervios.

Me senté, cogí mi vaso y lo vacié de un solo trago. Ella solo bebió un sorbito.

—No sé qué hacer, señor Folgado... La Policía me busca... Creen que yo lo hice... Soy una fugitiva...

—Tranquílcese. ¿Cuándo murió su novio?

—Ayer por la noche, en la caravana que compartíamos.

—¿Cómo murió?

—Alguien le apuñaló en el corazón con uno de mis kukris.

—¿Kukris?

—Sí, son cuchillos de acero de Damasco con empuñadura de marfil. Mi padre, que en paz descanse, me dijo una vez que los utilizaban los guerreros nepaleses para sacrificar búfalos...

—Impresionante. ¿Dónde guardaba los cuchillos?

—En un estuche. Iba a utilizarlos durante el espectáculo nocturno, así que los tenía preparados sobre la mesa. El estuche entero ha desaparecido. Dentro había dos cuchillos más.

—Supongo que no estaba usted allí cuando sucedió todo.

—No, me marché después de una acalorada discusión. Algunos compañeros nos pidieron que bajásemos la voz. Al parecer estábamos poniendo nerviosos a los animales.

—¿Cuál fue el origen de la discusión?

—Djamal me traicionó. Me dijo a la cara que llevaba tres meses viéndose con otra mujer. Pretendía dejarme por ella. Me puse furiosa...

Dicho esto enterró la cara bajo las manos y comenzó a llorar desconsoladamente. Parecía tan triste y frágil que arrastré mi silla hasta ella y la rodeé entre mis brazos, sintiendo sus pequeñas tetitas apretarse contra mi pecho.

—Tiene que ser fuerte —la animé—. ¿Le dijo él quién era ella?

—No, solo dijo que estaba muy enamorado.

—¿Qué pasó después?

—Cogí mi bolso y me marché dando un portazo, por supuesto.

—¿Qué hora era cuando se marchó?

—No lo sé con seguridad, pero no más de las nueve. ¡Dios, me duele tanto la cabeza al recordarlo!

—Aguante un poco más, ya estamos acabando. ¿A dónde fue cuando abandonó la caravana?

—Caminé hasta el casco viejo y me metí en un bar para calmar los nervios. Después fui a un hotel.

—¿Y pasó allí toda la noche?

Asintió con la cabeza.

—Hasta las ocho de la mañana, más o menos. Justo cuando abandonaba la habitación me telefoneó Wanda y me contó que habían asesinado a Djamal y que la Policía estaba interrogando a todo el mundo. Dijo que mis huellas estaban en el cuchillo y que yo era la principal sospechosa.

Me quedé pensando, y pensando prendí un cigarrillo. La inocencia o culpabilidad de Sasha dependía de la hora a la que hubieran asesinado a su novio. Si esto había sucedido después de las nueve, y la muñequita podía probar que se encontraba en otro sitio en ese momento, se libraría de la cárcel. En caso contrario pronto sería solo un pajarito encerrado en una jaula.

—Supongo que tendrá testigos para su coartada —le dije.

—Sí, el camarero del bar, aunque no puedo asegurar que se fijase en mí. Tenía los ojos muy irritados a causa de las lágrimas y no me quité las gafas de sol en ningún momento.

—Al menos conservará la factura del hotel, y el recepcionista no sería ciego.

—Me temo que no tengo factura —dijo tristemente.

—¿Y el recepcionista?

—No había ninguno. Verá, pasé la noche en «El Secret».

Suspiré una columna de humo gris que se rizó en el aire sobre nuestras cabezas. El Secret es el hotel preferido de los adúlteros precavidos. No hay recepción alguna, se entra al edificio directamente con el coche y se elige habitación mediante un sistema informático. Luego se accede hasta la plaza de garaje que se encuentra junto a la misma habitación, así que no hay manera de que ningún huésped se cruce con otro ni al entrar ni al salir. Lo sé bien porque yo mismo lo visité con frecuencia durante mis cuatro años de infierno matrimonial.

—Eso es un inconveniente serio —dije—. ¿Quién es su amiguito?

—No lo sé...

—Vamos, nena, no trate de protegerlo, este asunto es muy serio. Además, parece que el único modo de probar su historia es ese tipo.

—No miento, de verdad. Todo lo que sé es que se llama Eduardo. O al menos así se presentó.

—¿Dónde lo conoció?

—En el Camelot, el bar del que le he hablado. Ya le he dicho que estaba atacada de celos y necesitaba un trago. —Me miró con rubor. Dijo—: Ese hombre fue tan amable conmigo...

Archivé mentalmente el truco para futuras conquistas sexuales.

—Escuche, ¿puede decirme algo de ese hombre que pueda serme de utilidad? ¿Número de teléfono, por ejemplo?

—No, lo siento. Solo sé que era un hombre elegante, estatura media, pelo negro, moreno de piel, orejas pequeñas...

—¿Quedaron en verse otra vez?

—No surgió el tema, creo que está casado. Además, yo solo quería borrar el amargo recuerdo de Djamal. Aunque... —Entornó los ojos de repente, tratando de rescatar algo del fondo de su mente. Luego añadió—: Escuche, no sé si servirá de algo, pero creo que el camarero del Camelot le llamó por su nombre. Debe ser cliente habitual de ese sitio.

—Entonces me dejaré caer por allí y haré algunas indagaciones. Mientras necesita descansar. Ha estado sometida a mucha presión.

Dicho esto me puse en pie, fui al baño, cogí dos comprimidos de benzodiazepina y se los administré con la bebida. Después la tomé en brazos y la llevé al sofá. Era leve como una pluma. No puso ningún reparo cuando la ayudé a desvestirse, y menos aun cuando la besé en la mejilla y acaricié discretamente sus firmes y suaves piernas.

Parecía como si nada le importara.

En la calle me reencontré con Wanda. Habían estacionado el coche a las puertas del edificio. Dentro del vehículo, muy serio frente al volante, Vasili me miraba como si estuviera contaminado con plutonio.

—¿Qué le pasa a ese? ¿Todavía sigue cabreado?

—Por supuesto que sigue cabreado. Esas cosas no se olvidan nunca. Tú eres hombre y lo sabes.

No lo he mencionado, pero Vasili nos había sorprendido una noche en los camerinos, con los pantalones por las rodillas y los ojos bizcos de placer, mientras adiestraba a Wanda en el viejo arte de tragar sables.

—No debería tomárselo tan a pecho —respondí sin entusiasmo—. Ni siquiera estabais casados.

—Sin embargo habíamos fijado fecha para la boda. ¿Vas a ayudar a Sasha?

—De momento la he dejado durmiendo, y mientras tanto averiguaré si es inocente o no. Si es culpable la entregaré a la Policía. Ya han amenazado antes con no renovarme la acreditación y no quiero más líos.

—Me parece justo, aunque Vasili no está de acuerdo en que ayudemos a Sasha. Cree que en realidad podría no ser tan inocente como asegura ella y que, en el mejor de los casos, encubrirlo solo nos traerá problemas.

—Vasili tiene razón. ¿Tú crees que es inocente?

—Por supuesto que sí. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Puede que me pase por el circo a ver qué puedo averiguar, y después tengo que encontrar a un tipo que supuestamente pasó toda la noche con Sasha. Si logro corroborar su coartada tiene muchas posibilidades de evitar la trena.

—¿Quién es él?

Me encogí de hombros.

—Todo lo que sé es que se llama Eduardo y que tal vez sepan algo de él en el Camelot, un local de copas del casco viejo.

Wanda asintió con la cabeza.

—Vicente, confío en tu criterio. Toma esto... —Sacó de su bolso cuatro billetes de cincuenta y los puso en mi mano—. Sé que no es mucho, pero puedo reunir doscientos más en cuatro o cinco días. Por cierto, ¿no es irónico?

—¿El qué? —inquirí guardándome los billetes en la chupa.

—Tengo entendido que Djamal tenía mucho dinero. Si Sasha se hubiera casado con él hubiera vivido como una reina.

—Ahora es una fugitiva de la justicia.

Vasili presionó el claxon con fastidio. Wanda se volvió hacia su marido y le hizo gestos con la mano para que esperase.

—En fin, Vicente —me dijo—, haz todo lo que esté en tu mano, Sasha es como una hermana pequeña para mí.

—Trataré de demostrar su inocencia —prometí.

Antes de volver al vehículo, Wanda me regaló un beso en la mejilla que volvió loco de ira a Vasili. No cabía duda de que el ruso todavía me odiaba y le resultaba imposible ocultarlo.

En cuanto se largaron de allí, busqué el Porsche, abandoné Ruzafa y enfilé la Gran Vía en dirección este. El Camelot quedaba al norte, en pleno casco viejo, pero a mí me apetecía visitar primero el Sarrasini para hablar detenidamente con los montadores de carpas, los vendedores de entradas y los limpiadores de estiércol. Desgraciadamente no averigüé nada interesante, salvo que Djamal era un artista muy querido por todos, que Sasha era una lanzadora de cuchillos de mucho carácter y que varios testigos habían oído discutir a la pareja antes de la muerte de Djamal, circunstancias que al parecer interesaban mucho a la Policía.

También probé a hablar con el enano, el forzudo, el hombre sin brazos, las hermanas siamesas, el contorsionista facial, la mujer barbuda y el resto de monstruos, pero no obtuve demasiada colaboración porque no soportaban que me riera de ellos todo el tiempo.

Al salir de una carpa descubrí un vehículo de la Policía Científica estacionado en la calle y a dos chapas parlamentando con los limpiadores de estiércol. Se me ocurrió que podría acercarme y tratar de averiguar algo de ellos, pero luego pensé que no era prudente mezclarse con la pasma mientras ocultara a una sospechosa de asesinato en mi despacho.

Regresé al Porsche, tomé asiento y metí la llave en el contacto, pensando que allí poco más podía averiguar. Pero antes de que hiciera roncar el motor alguien golpeó el cristal de la ventanilla.

—Deberías abrocharte el cinturón de seguridad —me dijo una voz—. A veces es bueno respetar las normas.

Parecía un consejo, pero era una advertencia.

Bajé la ventanilla y ensayé una de mis mejores sonrisas.

—Pero si es el subinspector Olivares... ¿Qué es todo este jaleo? ¿Acaso se han cargado a alguien?

Olivares me miró con escepticismo, chupando un palo de algodón de azúcar.

—Un faquir indio fue apuñalado en el corazón anoche mismo. ¿Seguro que no lo sabías?

—Como si yo lo tuviera que saber todo... ¿Se sabe quién lo hizo?

—Sospechamos de la novia, una lanzadora de cuchillos llamada Sasha. El cuchillo era uno de los que utilizaba durante el espectáculo. Hay testigos que los oyeron discutir antes del crimen.

—Eso es muy interesante. Si supierais a qué hora falleció os ayudaría mucho a la investigación...

—Bueno, eso está medianamente claro —dijo chupando más algodón—. Al parecer le llevaron un par de hamburguesas a la caravana, así que sabemos lo que comió por última vez y aproximadamente cuándo lo comió. Con esos datos el forense opina que debió morir a eso de las diez y media, como pronto.

Eso significaba una hora y media después de la marcha de Sasha. Siempre y cuando Sasha no me hubiese mentado, claro.

—Pensé que esos yoguis solo se alimentaban de aire —dije por decir algo—. ¿Dónde está la muñequita ahora?

—Escapó, pero la encontraremos.

—Estoy seguro de ello. Bueno, Olivares, nos vemos por ahí.

Me dispuse a arrancar el Porsche.

—Eh, espera un segundo, listillo.

Le miré.

—¿Qué ocurre?

—Todavía no me has dicho qué haces aquí.

Me encogí de hombros.

—Pasaba con el coche, vi a la Científica y me entró curiosidad. ¿Es ilegal?

Olivares me clavó la mirada mientras pensaba en la bola que acababa de meterle. Luego la tragó y la digirió dulcemente junto al mismo algodón que seguía chupando.

Sonreí interiormente. Me sentía como cuando hago trampas en el póker y nadie se da cuenta.

Arranqué el coche y me alejé de allí arrastrando su escéptica mirada. En Guillén de Castro encontré estacionamiento frente a un casal fallero y desde allí fui caminando hasta el Camelot, en la calle Caballeros. Se trataba de un local moderno, con sillones blancos y limpios, mesitas de metal, paredes recubiertas de espejos y una enorme bola

de cristal en el techo que emitía destellos de luz brillante sobre tres guiris blancas como fantasmas que bailaban sin gracia al ritmo de Lady Gaga.

Al verme, el camarero que servía detrás de la barra me reconoció y me miró dos veces de forma teatral.

—¿Me engañan los ojos? ¿O es realmente el único e incomparable Vicente Folgado?

Le miré con atención. Aún aparentaba no más de treinta y debía tener el doble, como mínimo. Su pelo rubio y rizado era suyo, aunque el color era de bote. Si te acercabas lo suficiente también podías ver los casi invisibles surcos que el bisturí había dejado en su rostro, pero a más de un metro no era un día más viejo que cuando lo conocí hace cuatro años en un local gay de Ruzafa, mientras me hallaba de incógnito trabajando en un caso. Esa noche tres críos con caretas de Chimo Bayo irrumpieron de repente empuñando bates de beisbol y cadenas de bicicleta y gritando a pleno pulmón que querían toda la pasta de la caja. Leo, que por aquél entonces trabajaba allí de camarero, recibió un cadenazo en la boca que le hizo perder cuatro dientes. Tal vez habría perdido incluso la vida si no llego a intervenir mientras todo el mundo parecía bloqueado por el miedo. Tumbé al primero de un directo a la nuez, hice vomitar al segundo de una patada en los huevos y retorcí el brazo del tercero hasta partírselo por tres sitios diferentes. Desde aquél momento nuestra relación se parecía sospechosamente a la amistad.

—Hola, Leo —saludé—. Tienes buen aspecto.

Me mostró alegremente la dentadura.

—Implantes con raíz de titanio —contestó con orgullo—. A propósito, les hablé de ti a mis amigos de la comunidad LGTB y van a homenajearte durante el Día del Orgullo. Serás la estrella del desfile. Cuando veas la carroza que te están preparando te vas a caer de culo.

—Espero por tu bien que sea una broma, al menos si quieres seguir conservando los implantes. ¿Conoces a un tipo llamado Eduardo? Según parece es cliente de tu local.

Me miró enarcando una de sus depiladas cejas.

—Creí que estabas aquí porque te corrías de ganas de verme. ¿Estás trabajando en un caso?

—Podría decirse.

Apoyó los codos sobre la barra y encajó la barbilla en la «V» que formaban sus manos.

—No sé, cari, por aquí pasan muchos tíos, y ahora mismo me siento bastante espesito. ¿Por qué no nos invitamos a una copa para que refresque mi memoria?

Mientras tomaba asiento observé cómo me preparaba un Doble V con hielo. Él se sirvió algo naranja con hielo picado. Luego dijo:

—¿Qué aspecto tiene tu amigo?

Le di la descripción dada por Sasha. A continuación me miró suspicazmente mientras se volvía hacia la pared a su espalda. Junto a la estantería de los licores había un mural con fotografías de Leo posando en el local con algunos clientes. Descolgó una, me la entregó y sonrió astutamente.

—Creo que este es el Eduardo que estás buscando —dijo.

Observé la fotografía con atención. Se trataba de un individuo acuartado, elegantemente vestido, de piel bronceada, abundante pelo ondulado y orejas inusitadamente pequeñas y pegadas a la cabeza.

—Encaja con la descripción —observé—. ¿Qué puedes contarme de él?

—Solo lo que comentan los periódicos...

—¿Qué quieres decir?

—Que no es un don nadie, cari. Se llama Eduardo Beltrán y estuvo en política durante los años de la burbuja inmobiliaria. Pero no se hizo famoso por eso, sino por sus escándalos.

—¿Qué escándalos?

—Bah, lo de siempre, delitos fiscales, tráfico de influencias... Por ahora ha esquivado el trullo, pero es cuestión de tiempo que caiga por una cosa u otra. —Se inclinó sobre la barra y bajó el tono de voz para añadir—: ¿Qué pasa? ¿Se ha metido en otro escándalo?

—Una amiga lo conoció en este mismo local anoche, luego fueron a un hotel y ahora el marido está muerto.

Me miró con escepticismo.

—¿Crees que tiene algo que ver?

—Todavía no me he formado una opinión. ¿A ti te parece capaz de hacer algo así?

Se peinó su bonito pelo con los dedos.

—Mira, cari, llevo mucho tiempo viviendo en esta ciudad. Para mi todos los políticos son criminales...

Se fue al otro lado de la barra para servirle una copa a alguien. Cuando volvió le pregunté si sabía dónde podía localizarlo.

—Lo siento, te juro que me hubiera gustado intimar más con él, pero creo que sus inclinaciones sexuales difieren sensiblemente de las mías. No obstante puedo decirte que le gusta pasearse todas las tardes por el barrio, solo o con algún amigo, a la caza de alguna tontita a la que cepillarse. Eduardo es un tipo con mucha labia y se las lleva a todas de calle. Hoy es viernes, así que seguro que está de copas por la zona.

Apuré el Doble V, escurrí por la barra uno de los billetes de cincuenta que Wanda me había adelantado y me puse en pie.

—Cóbrate las copas y quédate con el cambio —dije—. Pero la foto me la quedo.

Leo tomó el billete sin rechistar y lo hizo desaparecer en uno de sus bolsillos. Por supuesto un amigo es un amigo, pero en esta vida nada es gratis, y menos la información.

—Quédatela, cari —me dijo sin ánimo—. Ahora que lo pienso creo que prefiero que no me relacionen con tipos como él.

Le dije que hacía lo correcto, y después me despedí y me di un garbeo por casi todos los locales elegantes de la zona, desde el Monterey hasta el Radio City, pasando por el Fox Congo, Convent Carmen y el Negrito. Seguí haciendo lo mismo en el Johnny Maracas, en La Flama y en Casa Victoria, gastándome el dinero de un Doble V o dos, y mostrando la fotografía de Beltrán a todas las camareras, pero ninguna lo había visto en las últimas veinticuatro horas.

A eso de las nueve sentí hambre, así que me acerqué al Pepita Pulgarcita y pedí una ensalada de espinacas, huevos rotos con jamón ibérico y una tabla de quesos. Cuando terminé pedí la cuenta, me marché y seguí interrogando sin pausa a las camareras de los locales a los que entraba. A final, agotado y con los pies doloridos, tomé asiento en la barra del Jimmy Glass y me apliqué un tratamiento a base de

whisky mientras dos músicos negros interpretaban piezas clásicas de Parker y Gillespie. En cuanto el líquido tocó fondo empecé a encontrarme mucho mejor.

Sentado a mi lado un guiri con camisa playera le susurraba cosas a su copa. Al percatarse de mi presencia sonrió y se empeñó en que habláramos de fútbol. Su español era bastante decente, y además resultó que éramos del mismo equipo. Aquél lazo común le llevó a pagarme la copa. Durante un rato hablamos de generalidades e hicimos algunos comentarios divertidos sobre los terraplanistas y nos cagamos en Dios y en la Iglesia. Luego insistió en pagar otra ronda, y mientras sorbíamos las copas le conté el chiste del borracho y la farola, y le expliqué por qué Fernando Torres siempre me pareció un jugador sobrevalorado. Para entonces yo también estaba bastante borracho. Mientras estábamos en la tercera ronda preguntó a qué me dedicaba. Yo saqué la cartera, le mostré la licencia y le dije que era una especie de Sherlock Holmes. Aquello le llenó de curiosidad, dijo que nunca había conocido a un detective de verdad, que leía mucho a Raymond Hammet y a Dashiell Chandler, y que tenía una idea para una novela de detectives, pero que desconocía los detalles de la investigación privada y no sabía por dónde empezar.

Quería que le contara todos los secretos de la profesión.

Se los conté.

—Entonces —dijo en un momento dado—, si no he entendido mal, la investigación criminal es como la investigación científica. Si el detective descubre hechos que no cuadran con la teoría, la teoría se cambia, ¿no es así?

—Así es siempre —afirmé categóricamente, y sonreí al acordarme de cierta ocasión en la que deslicé pruebas incriminatorias en el bolsillo de un pobre desgraciado que era más inocente que un coala, solo para que los hechos encajaran con mi teoría.

—¿Por qué sonrías? —preguntó.

—Por nada. ¿Otro whisky?

Levanté el vaso vacío en dirección a la camarera e hice tintinear los cubitos de hielo. Estaba a punto de llevarme el brebaje a los labios cuando el teléfono empezó a vibrar como una polilla dentro del bolsillo.

—Cari, Beltrán acaba de entrar en el local —me susurró una voz cuando me lo llevé a la oreja.

Yo llevaba una cogorza tan grande que me había olvidado por completo de Beltrán y de todo lo concerniente al caso.

—¿Quién eres tú? ¿Quién soy yo?

—Vicente, soy Leo. ¿Te encuentras bien?

Al final me empezó a entrar oxígeno al cerebro y recuperé la memoria.

—Escucha —continuó Leo—, puede que se termine la copa de un trago y se pire, así que date prisa. Y otra cosa más, no está solo.

—¿Otra gatita?

—No, más bien parece un oso. No es la primera vez que los veo juntos.

Le respondí que estaría allí en menos de diez minutos y guardé el teléfono. Luego le dije al guiri que lo sentía mucho, que había sido un placer charlar con él, pero que tenía que marcharme urgentemente porque mi madre necesitaba que le limpiase el culo.

Pareció creerme.

En cuanto me presenté en el Camelot, Leo me indicó discretamente una de las mesitas del fondo. Allí estaba Beltrán, sentado en uno de los sillones blancos, con dos copas de licor enormes, intercambiando risitas con una pareja de rubias que, sentadas en un sillón próximo, exhibían sin recato escotes de escándalo. Por cierto, el oso que lo acompañaba resultó ser Carlo Barona, otro viejo conocido. Trabajaba al servicio de algunos de los puticlubs que yo frecuentaba. Era lo que se llama un profesional de las caricias. Su misión consistía en acariciar con los nudillos los huesos de las prostitutas que trataban de dejar el negocio. Las caricias las volvían tan civilizadas que ni siquiera lo denunciaban.

Me acerqué a Beltrán, agarré una silla y me senté al estilo macho.

—Buenas noches —saludé—. ¿Es usted el señor Eduardo Beltrán?

—¿Es usted periodista? —inquirió con curiosidad.

Le mostré la licencia.

—Vicente Folgado, detective muy privado.

Su nariz se arrugó de repente como si la hubiese aproximado demasiado a un cubo lleno de mierda.

—De acuerdo, ya se lo dije a mi esposa, no estoy haciendo nada malo, nada de otras mujeres, solo estoy tomando una copa con un amigo, como puede comprobar...

—No tengo nada en contra del adulterio, pero no creo que le sea usted fiel a su esposa. Al menos no lo fue anoche. ¿Me equivoco?

Me miró fríamente.

—Escuche, si no hace ninguna tontería estoy dispuesto a compensarle. ¿Sabe lo que quiero decir?

No era la primera vez que sobornaba a un detective y se notaba.

—Mire, Beltrán, no trabajo para su esposa, sino para una muchacha llamada Sasha. Usted pasó la noche en el Secret en su compañía. Todo lo que necesito es que me confirme esta información y que esté dispuesto a confirmarlo ante la Policía, o de lo contrario Sasha acabará en la cárcel.

Se quedó pensando, y pensando agarró su copa y sorbió el licor lentamente sin dejar de mirarme. Luego dijo:

—Lárguese de mi vista ahora mismo o acabará lamentándolo...

—No suelo lamentarme muy a menudo...

—Si cree que puede hacer caso omiso de mis órdenes y quedar impune... Mire, detective, voy a darle a elegir. Salga de este local ahora mismo o quédese y sabrá quién soy yo.

—No se moleste en explicármelo, sé perfectamente quién es usted y cómo fue su lucrativo paso por la Política. De momento ha salido impune de eso, pero veremos cómo se las arregla cuando se vea implicado en un caso de asesinato.

Mi tono no debió gustarle a Barona, que había permanecido callado hasta el momento presente. Dejó la copa que estaba bebiendo y cambió de posición para inclinarse sobre mí, apoyando el antebrazo sobre la mesita de metal. Era tan poderoso que tensaba la tela de la americana.

—¿Pero quién cojones se cree usted que es? —inquirió. Luego se volvió hacia Beltrán—. Eduardo, si me das permiso lo echo a hostias ahora mismo.

Pero Beltrán lo ignoró mientras sus dedos tamborileaban nerviosamente contra la superficie de la mesa.

—No tiene ningún derecho a violar mi privacidad —dijo con fingida calma—. Por favor, se lo pido de buenos modos, márchese o llamaré a la Policía.

Al mencionar lo de la Policía las dos rubitas del sillón de al lado nos miraron con gesto furtivo. Dije:

—Escuche, Beltrán, solo tiene dos opciones: o admite que pasó la noche con Sasha, o espera un día o dos a que lo pruebe por mi cuenta. Si escoge la opción B tenga por seguro que iré corriendo a la Policía y acabará mal, por decirlo suavemente.

En ese momento Barona deslizó su mano debajo de la mesita y sentí que me rozaba la entrepierna.

—A ver —me dijo—, no puedo permitir que siga tratando al señor Beltrán como si fuera un don nadie.

Le miré.

—Ten paciencia —contesté—, dentro de poco copará todas las portadas si se niega a colaborar. Por cierto, ¿es necesario que me acaricie las pelotas mientras hablamos?

—No le estoy acariciando, imbécil. Le estoy apuntando con un arma.

Suspiré. Si hay una cosa que realmente me molesta es que me encañonen las pelotas con una pistola.

—No creo que se atreva usted a disparar —dije—. Hay demasiada gente en el local y el disparo haría demasiado ruido.

Barona entornó los ojos y sonrió astutamente.

—No es una pistola convencional, es una Taser. ¿Sabe lo que es?

—Claro, una pistola de electrochoque. Ideal para torturar a las prostitutas, ¿me equivoco?

—Déjese de historias, capullo. Si aprieto el botón se le parará el corazón y morirá. Eso si tiene suerte, claro.

Sonreí, pero creo que no fue una sonrisa demasiado sincera.

—¿Y si no tengo suerte?

—En ese caso vivirá, pero los huevos le quedarán tan chamuscados que eyaculará sangre el resto de su vida. Por favor, póngase en pie y acompáñenos a los lavabos. Vamos a tener unas palabritas en privado...

Me puse en pie sin rechistar y les acompañé. Como todo el mundo sabe, después del pene, los testículos son los órganos más preciados de un hombre, muy por delante del corazón, los ojos e incluso el cerebro.

Entré en los lavabos siguiendo a Beltrán, pero me olvidé de vigilar a Barona, lo cual fue un error. Justo cuando atravesábamos la puerta, percibí que me apoyaba la Taser en la nuca. Instintivamente traté de revolverme, pero no fui lo suficiente rápido. Un rayo láser me atravesó la espina dorsal y caí de morros contra el suelo.

—Usted se lo ha buscado —me dijo—. Es lo que pasa por no entender que la gente de su clase no se puede entrometer en los asuntos personales del señor Beltrán. Si no deja de molestarle su integridad física se verá gravemente comprometida. ¿Se da cuenta de la situación...?

Traté de incorporarme, pero tenía todas las putas terminaciones nerviosas agarrotadas. Beltrán había abierto una pequeña ventana que daba una estrecha calle lateral y fumaba con nerviosismo mientras contemplaba toda la escena.

—Desde luego —dije a duras penas—, la situación es la que sigue: Beltrán pasó la noche de ayer en el Secret en compañía de mi clienta, una artista circense llamada Sasha...

—El señor Beltrán es libre de pasar la noche con quién le dé la gana —me cortó. Luego me mostró la pistola paralizante y pulsó el botón, acercándola a mi cuello mientras un rayo azul titilaba amenazante en los bornes.

—Esa amiga mía —continué, como si la amenaza no existiera—, mantenía una relación con un tragasables llamado Djamal. Sasha y Djamal discutieron durante la tarde de ayer y el tragasables resultó muerto poco después...

—¡Por Dios bendito! —se indignó—. ¿Y qué tiene todo eso que ver con el señor Beltrán?

—Puede que nada, pero si no admite conocer a mi clienta me verá obligado a meter las narices en el asunto. Da igual que sea inocente, de un modo u otro su nombre aparecerá cuando la prensa se haga eco del caso. —Sonreí cínicamente y añadí—: Su mujer lo va a enterrar vivo...

Hizo ademán de clavarme la Taser otra vez en el cuello, pero Beltrán intercedió oportunamente.

—Carlo, déjalo ya. Estás complicándome las cosas...

Un apagado rubor ascendió por el cuello del gigante y se instaló en su rostro.

—No fastidies, Eduardo. Este tipo te ha amenazado. ¿Vas a dejar que siga haciéndolo?

—Sal de aquí. Tú no entiendes nada.

Barona parpadeó desconcertado.

—¿Hablas en serio?

—Por favor, Carlo, quédate en la puerta. No quiero que nadie nos moleste mientras hablo con este hombre en privado.

Finalmente se encogió de hombros, guardándose la Taser en el bolsillo con impotencia.

—No se haga ilusiones, detective —me dijo antes de salir—. Antes o después le follaré vivo.

—Se me están poniendo los pezones duros solo de pensarlo —contesté, poniéndome en pie con dificultad. Luego miré a Beltrán y le dije—: Ha actuado con sensatez. Admítalo, usted y Sasha pasaron juntos la noche en el Secret...

Apuré el cigarrillo y lo arrojé por la ventana a su espalda.

—Es cierto —admitió—, la conocí precisamente aquí, en el Camelot. La invité a un par de copas y luego fuimos al hotel. Pero yo no tengo nada que ver con la muerte de su novio, o quien quiera que sea ese hombre.

—¿Estaría dispuesto a decírselo a la Policía? Sería una declaración privada, su nombre no tiene por qué trascender.

—Mire, apenas conozco a esa chica, pero me cae bien. ¿Qué gana ella si hago lo que usted dice?

—Lo más seguro es que la libre de una acusación de asesinato.

En ese momento Beltrán profirió un gruñido. Su rostro era una profunda expresión de desconcierto. Di un paso en su dirección, tratando de comprender qué estaba ocurriendo. Entonces lo vi claro: por encima de su ropa, en su espalda, asomaba la empuñadura de marfil de un cuchillo.

¡Uno de los kukris de Sasha!

Al otro lado de la ventana un ruido de pasos se alejaba a toda prisa. Antes de abrazar el suelo, un agónico Beltrán intentaba sacarse el cuchillo, pero lo logró solo a medias. Yo estaba a punto de sacar la Llama, saltar por la ventana y salir en persecución del asesino, cuando Barona irrumpió en los baños como una exhalación. Sin darme tiempo a reaccionar, me clavó la Taser en las costillas. Desde luego creía que me había cargado a Beltrán. Presionó el botón y sentí la descarga. ¡Joder si la sentí!

Apreté los dientes con tanta fuerza que podía sentir los empastes a punto de explotar, pero logré aguantar. Luego me revolví y le asesté un golpe en la muñeca con el canto de la mano. Barona soltó el arma y la agarré al vuelo, todo muy académico y oportuno. A continuación le arreé con ella violentamente en la cabeza y cayó al suelo como un trozo de carne.

Fue una maniobra de manual, aunque lamenté que no hubiera público para apreciar los detalles más sutiles de mi gloriosa actuación.

Sin más demora salté por la ventana, abordé el callejón con la Taser en la mano y corrí tras los pasos del asesino. Pero fue inútil, había perdido un tiempo precioso encargándome de Barona y el asesino se había esfumado.

Encontré a la tragasables en una pequeña carpa de rayas blancas y rojas, perfilándose las cejas delante del espejo. Al verme, esbozó una sonrisa de simpatía artificial.

—Hola, Vicente. ¿Qué haces aquí?

—¿Por qué no me lo dices tú, muñeca?

Me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir...?

—Tú eras la mujer que se acostaba con Djamal —contesté—. Djamal iba a dejar a Sasha y tú te ibas a divorciar de Vasili.

De repente sus mejillas se cubrieron de un rojo profundo e intenso. Se puso de pie y me encaró con disgusto.

—Para el carro un momento, Vicente. ¡Djamal y yo juntos! ¿Pero qué clase de mujer piensas que soy?

—Sé qué tipo de mujer eres y no tengo nada en contra de eso. Pero negarlo solo perjudicará más a Sasha.

Levantó las manos como para frenar un tren.

—De acuerdo, Vicente, no sé a dónde quieres ir a parar, pero será mejor que sueltes lo que tengas, mi número comienza en quince minutos. ¿Qué sabes exactamente?

—Que Sasha es inocente.

—¿Cómo lo sabes?

—A la hora de la muerte de Djamal, se encontraba en el Camelot en compañía de Eduardo Beltrán, un personaje público.

—¿Está dispuesto a jurarlo ante la Policía?

—Lo estaba, pero está muerto.

Me miró perpleja.

—¿Qué diablos ha pasado?

—Alguien le clavó un cuchillo en la espalda cuando se entrevistaba conmigo.

Al oír eso retrocedió dos pasos, mirándome como si fuera Bela Lugosi dispuesto a chuparle la sangre. Desde alguna parte llegaba la música, las exclamaciones de asombro, los aplausos de la multitud.

—No puedo creer lo que dices. ¿Viste quién lo mató?

—No, pero conozco la razón. Él era la coartada de Sasha y estaba a punto de ofrecerse como testigo. Y tú eras la única persona que lo sabía, aparte de Sasha y de mí mismo.

—Santo Dios, Vicente, no creerás que lo he matado yo...

Me encogí de hombros.

—No tenías ningún motivo para hacerlo...

—Entonces, ¿por qué me cuentas todo esto?

—Necesito que admitas que tenías un lío con Djamal.

Se pasó las manos por los cabellos con aire de desolación. Por sus mejillas descendían lágrimas de impotencia.

—Djamal estaba enamorado de mí —dijo débilmente—. Creo que los dos lo estábamos. Me prometió que iba a dejar a Sasha. Quería que yo hiciera lo mismo con Vasili y me casara con él.

—Y ahora Djamal está muerto...

—No me lo recuerdes, estoy hundida.

—Por supuesto, con su muerte perdiste la posibilidad de hacerte rica.

—Me da igual lo que pienses, Vicente. Yo no maté a Djamal.

—Pero sabes quién lo hizo.

Me miró con indignación.

—¿Cómo voy a saberlo? Si lo supiera podría ayudar a Sasha a salir del lío en el que se encuentra.

—¿Le constaste a alguien más que Beltrán era la coartada de Sasha?

—Solo a Vasili.

—Y él sabía que tú y Djamal os acostabais a sus espaldas...

Me miró en actitud pensativa.

—Espera un momento, ¿acaso crees que Vasili es el asesino?

—No es una creencia, es una certeza. Hola, Vasili. Nunca imaginé que te delatarías con tanta rapidez.

Wanda se volvió rápidamente hacia un punto oscuro del camerino. A pesar de su refulgente traje de luces, ninguno de los dos se había percatado de su presencia hasta ese momento. El cuchillo de acero de Damasco que sostenía era uno de los de Sasha.

—Jamás debiste permitir que me enterara de tu traición, Wanda...

Pero Wanda no contestó. Tenía el rostro nublado por el azoramiento y la vergüenza.

—¿Desde cuándo lo sabías? —inquirí.

—Me llegaron rumores hace semanas, pero yo no los quería creer. Al final era un secreto a voces. No había nadie en este lugar que no lo supiera. Por eso anoche fui a ver a Djamal a su caravana. Quería que él mismo me lo dijera a la cara. Pero cuando llegué oí gritos en el interior. Me apoyé en la puerta y escuché que Djamal le decía a Sasha que iba a dejarla por otra mujer. Enseguida supe que se refería a Wanda.

—¿Qué pasó después?

—La pelea no parecía terminar nunca, y yo tenía función esa noche, así que regresé aquí para prepararme y me presenté de nuevo en la caravana de Djamal después de la función.

—Pero Sasha ya se había marchado, ¿verdad?

—Así es, Djamal estaba solo, acababa de cenar. Le pregunté si era cierto que tenía un lío con mi esposa y lo admitió. Quería casarse con ella. Yo le advertí que lo mataría si lo hacía, pero él se rió de mí. Dijo que Wanda le amaba y que estaba decidida a dejarme.

—No debiste matarlo —dijo de repente la tragasables—. Todo el mundo tiene derecho a estar con la persona que ama.

Vasili la miró con el rostro desfigurado por la rabia.

—¡Te lo advertí, Wanda! Cuando te pillé aquella vez con Folgado te juré que si volvías a traicionarme mataría al hombre. Que no te sorprenda ahora si un hombre ha resultado muerto por eso.

Di un paso en su dirección sin quitarle ojo al cuchillo de acero.

—Repasa tus cálculos —le dije—. También mataste a Beltrán. Con él ya sumas dos.

Me miró.

—Es verdad, y ahora que se ha descubierto todo, me temo que la cifra va a seguir creciendo contigo.

Me olí sus intenciones e instintivamente me tiré al suelo, pero no tan rápido como me hubiera gustado. El cuchillo me alcanzó debajo del sobaco y sentí un dolor atroz, pero me sorprendió comprender que seguía con vida. Pensé que a lo mejor era verdad que Dios existía y esto era una especie de señal para que volviera al buen camino...

...si es que lo había recorrido alguna vez.

Al verse lo que le venía encima, Wanda saltó por encima de mí y corrió en dirección a la salida tratando de escapar. Vasili corrió tras ella.

—¡Wanda! —gritó—. ¡Espera! ¡Yo te quiero!

Me quedé quieto en el suelo. Sin duda Vasili me creía muerto. Cuando el ruso saltó para esquivarme entré en acción: le hice una tijera con las piernas y lo derribé. Rápidamente me puse en pie, lo agarré de los sobacos y lo arrojé contra la pared de lona. Vasili voló, y cuando regresó rebotado me preparé para arrearle en todo el hocico, como hacen los luchadores mexicanos. Pero en el último momento saltó acrobáticamente, describiendo un círculo sobre mi cabeza. Todavía en el aire, me arreó una tremenda patada en la ceja y aterrizó sólidamente a mi espalda.

Me volví, me llevé una mano a la frente y descubrí la sangre de la ceja herida. Aquello me puso de muy mala hostia. Vasili se quitó la chaquetilla de luces, la arrojó al suelo y comenzó a dar pequeños saltitos. Luego, sin darme tiempo a pestañear, sus

puños se estrellaron contra mi cara dos veces seguidas, y cuando quise devolvérselos se encontraba fuera de mi radio de acción.

Era el hijo de puta más rápido que había visto.

—Espera a que te enganche una sola vez... —le amenacé.

Di dos pasos hacia delante e intenté golpearlo, pero se agachó en el último segundo y rápido como un rayo me golpeó de nuevo, esta vez en los morros, que también empezaron a sangrar.

—No podrás hacerlo —dijo esbozando una terrible sonrisa—. Eres lento, previsible y estás borracho.

Me tocó bastante la moral que llevara razón, así que me sacudí el golpe y volví a la carga con ilusiones renovadas. Pero Vasili se agachaba, saltaba, esquivaba... Una y otra vez mis puños se perdían en el aire, y para colmo me encontraba cada vez más cansado y desanimado. Traté de golpearlo una vez más, ahora con toda la fuerza que fui capaz de reunir, pero de nuevo me arreó dos puñetazos secos en la almeja y rápidamente se alejó tres metros bailando sobre las puntas de sus pies.

La música del espectáculo en directo creció en la distancia. Me sentía como un tigre de Bengala cercado por los latigazos mortales del domador, y sabía que jamás podría derrotarle por los cauces normales.

Así que tiré de imaginación.

Justo cuando el ruso volvía a la carga le guiñé un ojo y le enseñé la lengua lascivamente, dejándolo durante un segundo perplejo ante lo inesperado del hecho. En ese segundo tuve tiempo de saltar sobre él, aplastarlo contra el suelo y aún me sobraron unas décimas. Caído sobre su espalda, lo agarré por la garganta con el antebrazo, le clavé la rodilla en las lumbares y presioné hacia atrás, haciendo palanca, con la intención de romperlo por la mitad. Su espalda se fue doblando y doblando hacia atrás. Ninguna espalda es capaz de arquearse de esa manera sin romperse, pero Vasili parecía dotado de una flexibilidad que no conocía límites.

No lo pensé más. Metí rápidamente la mano en el bolsillo de la chupa, agarré la Taser de Barona y se la hundí en las pelotas. Había leído cosas sobre pistolas paralizantes, como por ejemplo que solo se debía presionar el gatillo durante dos o tres segundos, no más. De lo contrario podías producir daños permanentes, e incluso la muerte.

Presioné el gatillo y el ruso se agitó como un gato encerrado en un saco. El dolor le desgarraba, consumía sus entrañas, pero yo seguí presionando y aguantando sus sacudidas salvajes.

En ese preciso momento percibí un ruido a mi espalda. Giré la cabeza sin perder de vista al ruso, pero solo atisbé a ver un bulto que cayendo sobre mi espalda.

Bueno, eso y el golpe en la cabeza.

Luego el mundo entero se diluyó en mi cerebro.

Recuperé la consciencia tirado en el suelo, con un volcán en lo alto de la cabeza y una corriente de fuego bajándome por la nuca, aunque al menos alguien había tenido la cortesía de aplicarme una gasa en la ceja.

Me froté los ojos y eché un vistazo de reconocimiento. Detrás de un par de polis, Vasili yacía esposado a la camilla sobre la que dos enfermeros le acababan de acomodar. Wanda, a su lado, sujetaba su cabeza entre llantos.

—No me dejes, querida —le decía el funambulista—. Lo he hecho por ti, todo por ti. Te quiero.

—Lo sé, mi amor, te traicioné, todo es culpa mía. Pero no debiste matar a nadie por eso.

Los enfermeros empujaron la camilla y abandonaron la habitación escoltados por los policías.

Me incorporé despacio, y entonces sentí el cálido aliento de Olivares en mi oreja.

—¿Por qué coño escondías a Sasha en tu despacho?

Le miré sólidamente.

—Porque sabía que era inocente —dije—. ¿Quién te lo ha chivado?

—Recibimos una llamada anónima de un hombre y resultó ser cierta. Hemos arrestado a Sasha. Confesó que fue a verte por mediación de Wanda, así que vinimos aquí con la intención interrogarla. La encontramos corriendo como una loca por las instalaciones del circo. En cuanto nos vio, se nos echó literalmente encima y confirmó toda la historia. Dijo que su esposo había asesinado a Djamal y que estaba a punto de

hacer lo mismo contigo. Pero se equivocó. Si no llego a evitarlo ahora estarías detenido por asesinato.

—Vasili fue quien hizo la llamada anónima —señalé—. También fue el ruso el que dio pasaporte a Beltrán.

—¿Cómo lo sabes?

—Solo había dos personas que sabían que Sasha estaba escondida en mi despacho: Wanda y Vasili. Tú has dicho que la llamada la hizo un hombre. El resto es fácil de deducir, incluso para ti.

Olivares agitó las manos delante de mi cara.

—Espera, espera, no me refiero a eso, sino a Beltrán. Nos hemos enterado de su muerte mientras veníamos para acá. ¿Vasili es el responsable?

—Creí que Wanda os había puesto al corriente.

—Todavía no. ¡Habla, Folgado!

Le pasé el informe completo. Una o dos veces estuvo a punto de interrumpirme, pero lo pensó mejor y continuó escuchando en silencio. Cuando terminé, dijo:

—He de reconocer que la historia encaja, aunque habrá que corroborar todos los detalles.

—Hazlo, no hay problema. El barman del Camelot identificará el cuerpo de Beltrán y testificará haberlo visto en su local en compañía de Sasha en el momento en que Djamel era asesinado. —Me puse un Lucky en los morros y lo prendí con mi Flammarion de oro sólido. Luego agregué—: A propósito, ¿cómo está el ruso?

—Parece que vivirá, pero espero que el sexo procreativo no forme parte de sus planes futuros.

—El único sexo que conocerá en la cárcel será el de las duchas —dije.

El policía se pasó el dorso de la mano por la frente, tratando de secar el sudor.

—Folgado —me dijo—, sabes que no me gustas nada, no tolero tus métodos ni tu violencia desmedida, pero también debo reconocer que has hecho un buen trabajo, aunque solo sea por una vez en la vida. Por cierto, ¿estás bien?

Me encogí de hombros.

—¿Por qué lo preguntas?

—No haces otra cosa que pasarte la mano por el sobaco, justo donde tienes desgarrada la chupa.

—Vasili trató de liquidarme con uno de los cuchillos de Sasha —expliqué—, pero sobreviviré.

Me llevé la mano a la sobaquera, saqué la Llama y se la mostré. Aquella vieja pistola había salvado mi vida al interponerse entre mi corazón y la hoja de acero de Damasco que Vasili me había arrojado con la intención de arrebatarme la vida. Si no fuera porque había quedado completamente destrozada la convertiría en mi pistola de la suerte.

Pensé en ello mientras me trasladaban a Jefatura para declarar. Quizá le hiciera un hueco en la mesa de mi despacho y la dejara allí en plan exposición.

Sin duda sería una buena anécdota para contar a los clientes.

Un relato de Pau Hernández

RevistaMoonMagazine